VERSOS A NERUDA

LA LUNA DE PABLO EN EL MAR

Flota en las algas deformes tu espuma / irritante
alucinación
del mar
esta figura de barco
como un cuerpo sin nadie ninguna lamentación o canto en cubierta

Le hemos suplicado tantas veces nosotros
que siguiera definiendo la costumbre del miedo / desnudarse
al alba
gemir en voz baja por todos
cubrirse la piel
tan sólo con el precario futuro del mundo

A un poeta
se le ha exigido tanto su palabra = una alegre
y eficaz
palabra
que identificaba su honor con la enumeración de los objetos y esperanzas de los hombres
gota a gota
extraída su sangre implacablemente
agujereado
su silencio último
con los cuchillos a la espalda del llanto
que ya no puede el pulso lento de la muerte contenerlo arrinconarlo en Chile en el corazón la estrategia de tu geografía Pablo
una bofetada u-
na pasión la vida
contigo
ha muerto
el noble oficio de poeta
un azahar de las nupcias rotas

al mar
junto al Pacífico
exhala así una satisfacción el mar de poseerte
Flota en las algas deformes tu espuma / irritante
alucinación
del mar
esta figura de barco
como un cuerpo sin nadie ninguna lamentación o canto en cubierta.

RAMON PEDROS

Santa Hortensia, 11
MADRID

SOMBRAS CHILESCAS

Yo soy un hombre luz...
P. N.

ya se acercan las sombras que temiste
las sombras como anguilas entre el barro
como pelos por la tubería
se aproximan a tus huesos de nogal barnizado
a tu quijada exhausta y montañosa
a tu escápula de oso
a tu esperanza marina y democrática

ya llega el tren cargado de espantajos
a tu pueblo
ya se bajan los bizcos con sus picos y palas
y caminan silbando entre linternas sordas

van a romper de nuevo los vidrios de tu casa
y a buscar los puñales que les arrebataste
vienen a buscar su moneda de cobre
y a llenar los estadios con gigantes vencidos

otra vez pobre viejo canceroso
se te vienen encima las cuchillas
orinadas
se te vienen abajo los cerros de pan y las sonrisas
y toda la cordillera y todo el continente
y todos los dientes y todos los látigos y todos los barrotes
se desploman sobre tu lecho enorme
en donde muere alguien que no quiere.

ALBERTO PORLAN

Costa Rica, 28
MADRID-16

ET VMBRA AETERNA LUCEAT EI

Recuerdo un libro abierto, una sonrisa,
la gesta inútil de un soldado, el nombre
que un sabio diera al Sol, el sueño pálido
transfigurando el rostro de unos héroes.
Recuerdo tus mujeres rituales
y la solemnidad de tus milagros.
El día fuiste, Pablo, llama y frío,
planta medicinal y bestia impura,
cuerpo y cristal, diamante y excremento.
Fuiste unas manos y una voz, y el agua.
Contigo estaba Dios, la Ley, el dogma:
todas esas palabras que son vida.

Respuesta eras ayer, y hoy no respondes.
Fe ayer, hoy unos huesos descreídos.

En esta pesadilla apesta a muerte.
Se me antoja una imagen: son tus ojos
la mesa de un banquete. Sin remedio
los comensales morirán. En vano
se opondrán al destino. Hay una pócima
que no perdona y rompe las entrañas.
Sirven ya los esclavos. Las flautistas
acomodan su arte a una cadencia
de erotismo ritmado. En sus ombligos
la sangre de un rubí, muy dulce sangre.
Si el veneno no cumple, si del ácido
quedan supervivientes, los revólveres
hablarán, y ya todo será fuego
(yo mismo tengo una granada oculta).
Pero, ¿qué sinfonía franciscana
deja oír la caricia de sus notas
eternizando el crimen y su espera?

Tu muerte al fin, tu noble despedida
de este mundo que glosan los cobardes
al margen de tus versos. Tu reposo.

Por todo y nada, Pablo, por tu estirpe
de caballo puntero y por tu antiguo
escudo, y por la gloria de tu espada,
propágate, ya vivo y casi muerto,
hasta el final del tiempo y de los hombres.
Dirige tu navío hacia las islas
donde aguardan los mitos ejemplares
el amargo concurso de tu boca.
Que el imperio del trigo y la madera
difunda por el mar tu principado
de tiniebla, tu reino de fantasmas.

Y que la sombra eterna te ilumine.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Jorge Juan, 31
MADRID-1

FRIO EN LOS MONTES

Se detuvo el frío en los montes
y la nieve sobre el Copihue;
viento helado de septiembre,
mató el corazón de la rosa.
Faltó el pan,
el eco del chuico vacío
era el resonar de un sollozo.
Las bayonetas cerraron
el paso de la primavera
y la cancha de futbol
popular Colo-Colo triunfante de otros días,
se volvió cárcel sin techo ni condena.
Entonces murió Pablo,
mientras que alguien
rompía los libros que dio al pueblo,
reventaba antiguas vasijas araucanas,
rasgaba las paredes de amenazas,
aventando escritos y cartas inconclusas.
Y la última noche de su cuerpo
encima de la tierra
velaron compañeros silenciosos
sobre recuerdos rotos
de una vida
que nadie ha de romper,
que es imposible borrar en el recuerdo;
aquí en Madrid
los que fuimos amigos
de su voz y su verso
José, María Fernanda
Félix, Paca
morimos la noticia
de su muerte

RAUL CHAVARRI

Sarmiento de Bengoa, 25 A
SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

DESDE LAS CUMBRES DE LA CORDILLERA

Este es el tiempo de la falsa parábola,
el tiempo de la falsa música,
el tiempo de la mentira como dogma:
el mal tiempo del hastío y la espada
donde crece la mueca,
el filo alucinante
donde se aprende el vicio de los más falsos tigres.
Este es el tiempo del destierro del corazón,
la tiranía de la vena airada,
la embestida contra la sangre:
suenan desaforados himnos bélicos.

No hay aire por las calles de Santiago.

Desde las cumbres de la cordillera
dos muertos velan el paisaje y conversan:
«César, puedo escribir los versos más tristes esta noche.»
«No nos dejes, valor, vuelve a la vida, Pablo.»

FRANCISCA AGUIRRE

Alenza, 8
MADRID-3

«ESTA FUE LA MORADA, ESTE ES EL SITIO»

tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios,
tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.

P. N.

DESDE su altura con los agrios dedos
la madera o el apio
acariciados fueron como el recio tomate
y entre flechas y cóndores o entre las diminutas
venturanzas del pan del vino o la patata
fueron rozados por su voz de cobre

ESTA fué la morada
este es el sitio donde vivió
donde a diario puso su zapato
ésta la tierra donde entre geranios
amó su risa
sonrió su diente

LUEGO fué su congoja
las campanas
se hicieron fuego rudo
agrio vinagre
sal excesiva
diseminada arteria

EN la noche midió sus cicatrices
los cuchillos y el humo
las preñadas cinturas apagadas

ENTRE infiernos secretos fué su luto
un estertor
una guitarra rota

DESPUES se hizo salitre en el salitre
hombre en el hombre
herida entre la herida

SOSTUVO entre sus uñas los océanos

AHORA su ausencia
el aire
los sucesos
en un carbón telúrico nos rozan

LA cebolla lunar
la bienamada y pordiosera pulpa
llorosa llora entre sudores negros

TODAS las cosas fértiles
graneros libros pájaros
pétalos senos mares
olivos lluvias vientres
huérfanas de sus manos con más alma que tinta
huérfanas de sus versos más tiernos que salobres
se apagan sin saber que él les da su fosfato

PARPADO vegetal
ahora reside en juanes diminutos
mordidos por triángulos y harapos
ahora
la tierra guarda idílica su luz y sus relámpagos

CANTÓ para los ojos del hombre y su viaje

SU herencia es el pan nuestro
no son simples palabras

JUAN QUINTANA

Pob. abs. Orcasitas
Bloque 6, núm. 1, 1.º izquierda
MADRID-26

NERUDA, MUERTO

La muerte, que termina por destruir a un hombre, también termina de construirlo, mientras ese hombre vive, o se va muriendo —que es lo mismo—, el tiempo que le queda por vivir, y para morir, oculta, con su espejismo, el tiempo intemporal de lo ya vivido. Muerto el hombre —pobre perro—, se acabó la rabia de vivir. Se acabó la rabia de morir. Se acabó la rabia de morder el hueso de la vida. Se acabó la rabia de estarse uno así, acabándose, sin más.

Neruda ya se acabó. Y le tenemos ahí, destruido y entero, acabado y desnudo. Sin condecoraciones ni embajadas, sin premios ni programas, sin retóricas «y sin falsía, y sin comedia y sin literatura», sin su hiel ni su él, con sólo su yo, sin rabia ya —pobre perro—, muerto, en medio de la muerte, residiendo en la tierra de una vez para siempre.

Y está solo el poeta con la voz en los huesos, y lo que dijo hasta el hueso es lo que sigue diciendo, lo que sigue cantando su osamenta sonora, tantas veces ahogada por su ilustre vozarrón general de carne repetida. Y su palabra osamental se aquieta más allá de los usos y abusos de su dueño, más allá de los himnos y las alabanzas, más allá de los homenajes, las loas y las odas, más allá de las alturas y los abismos mecánicos, más allá del protocolo de los héroes y de las fábricas de la gloria. Sí. Más allá de todo el trajín de la existencia, la espada triste de su voz de piedra insiste en decir, nos invita a decir, apenas, a confesar, por último:

«Sucede que me canso de ser hombre.»

GUIDO CASTILLO

Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe
Avenida de Séneca
Ciudad Universitaria
MADRID-3

DIASPORA / MEMORIAL NERUDA

I

Memorioso cerco; imprevisibles rastros / Lacerante ex
Actitud: sorda depredación de los sueños donde se nos
entraman de rostros los nombres degajados / Sida pulpa
de la presencia.
Instaurados destierros,
humilladas heredades.
Masas oscuras,
ciegos laberintos de fecundas muertes que esquivan las
raíces. / Tenso erial el pulso velando su rudimentario
sueño de tablajes / In Tactos dedos orbitados espacios
sólo hueco de añoradas pupilas / Lechosa corazonada la
sombra o su revés: intemperie la muerte, rasante si
niestra de la diestra:
«En cuanto herían a la primera vic
tima la sed de sangre les cegaba.»
Verde fiebre bajando a hombros, ciegos féretros a man
salva. Dibujo del terror que no engrana con el día:
martes 11 de septiembre.

II

Entre muslos enlutados (finita geografía del mar y
su simiente) va tu cuerpo. Atrás quedó la noche de tu
sombra / horizontada presencia vivientes muros /
Velatorio o la reducida marea de candiles despertando
inmutables maderas arrasadas:
destrozados mascarones
des Oladas proas
Espectral vigilia del derrumbe y
su caída.

¿Qué cebado encono pudo —con tanta saña— espantar de tibios muros,
esa bandada de oscuras yeserías? El estruendo
entró en tu casa como espectro de volcada sal.
Y pensar que en ella con Vivían, legibles, las cosas,
íntimas hasta su mundo más memoria.
¡Oh el silencio, verbal y estremecido, orfebrando sus
astillas, / despoblando habitaciones, acostumbrándose
a la presencia de ahogados balustres.

III

La lluvia, cordillerana invitada al pavoroso setiembre,
baja, lenta
soterrando el andar tras de tu cuerpo / todo luto
golpe en todo lecho.
Hasta aquí llega el borde herido
de tu sombra a la deriva incrustada en el cuerpolabio
de las algas / Imprevisible naufragio de un deiluvio;
marea tu canto toda anchura / desgritado eco vagamundo,
desmetalado badajo/
Tiempo amargo que se bebe a oscuras, silenciosos sorbos,
Terrible trago de noche andina.

GALVARINO PLAZA

Madrid, primavera del 74

Fuente del Saz, 8, 3.º B
MADRID-16

DECOROSAS OCURRENCIAS INDUSTRIALES ANTE UN VASO «MISSION OF CALIFORNIA» Y EN 1971, HOY DOLIENTE HOMENAJE

Pero —y no son ahora ideologías
sino un asunto medio familiar— pensemos
que al presidente Salvador Allende
(emocionable, etc.,
descendiente de godos y demosocialista
ad majoren Dei gloriam)
se le ocurre entre ley y decreto,
entre derogación y restitución
al país, un refresco
perfectamente de la casa,
bebida nacional antirrota:
gasto fuerte de entrada, claro, pero
quizá también rentable y sumamente
chileno el lindo asunto refrescante:
zumo
de mariscos con ventarrón
entre nevado de la cordillera junto a un cierto
sabor a ti, Valparaíso,
muelle del Tiempo, a la tu lluvia
«tila y quelenquelen de las mañanas»
y encartando algún sugerido
sabor a frutas naturales de nuestra América Morena,
todo ello calibrado y envasado hasta con ilusiones
de exportación puesto que ¿cómo íbamos
a preferir esas antijuníperas
Missiones, asépticas
Crawfords, Cocas, ò Libbys
si, por ejemplo a los españoles,
se nos pone delante algo tan vivo,
no tan lavado, no
tan pútrido y no
tan caro como
la otra vez, Presidente, Salvador?

FERNANDO QUIÑONES

María Auxiliadora, Bloque Azul
MADRID-20

ODA A MATILDE URRUTIA

Qué amarilla locura
rescatarte del miedo.

Estás pálida y yerta. No...
Tal vez no seas la más bella,
pero tú eres la reina.

Por culpa de la luz fugitiva del domingo
veintitrés de septiembre
habitas en tu alma demacrada
por el triste silencio

Isla Negra
se queja entre tinieblas
por la boca del mar.

Vísperas de fatiga.
Allende el mar sonoro.
Un alfiler traspasa el mapa
hincándose en Santiago,
arañando la pena entre las ingles.

Chile está disecada sobre el mar,
oh mariposa negra de los Andes.

¡Con el dos! ¡Con el dos de Isla Negra...!
¡Insista! ¡Insista! ¡Tiene que haber
un alma en pena desvelada! ¡Insista...!
Un alma que va dejando huellas
en la arena mojada.

Han colgado otra vez,
pero ¿a quién? ¿el qué?

Es Pablo el que ha colgado
sobre la cresta andina
la palabra.

Entre magnolias, entre telegramas
se percibe su muerte
como roja marea
mientras vela en sus íntimos nácares
una inmersa legión de caracolas.
Mascarones de hastío
rompiendo mares muertas de vergüenza
sobre largos botopines sangrientos
navegan como águilas bicéfalas
—cada pecho es un mundo de odio—
y la sangre se adensa
como nudos
marineros de niebla,
como auroras
boreales de yel.

Lágrimas
perezosas y lentas
eclipsan
duramente tus pupilas.
De la esfera armilar
deserta un meridiano
y se queda de pronto convertida
en maraña que turba
la fatídica aguja de Penélope.

Pablo ha muerto de pena,
con la voz pequeñita
hasta que el miedo
se terminaba sobre el grito insólito:
—¡Los fusilan! Los fusilan a todos...
¡Los están fusilando!

Y sus brazos deciden de pronto
convertirse en dos remos olvidados.
Y Pablo
se arrepiente en el fondo de ser algo
que se añade a la sombra.

En esta soledad te vas quedando,
Matilde Urrutia,
en una dulce pena transitiva.
El otoño
deshoja el testamento
en el que Pablo te proclama heredera
universal de todos sus amores.
Carraspea un notario en la sala de pago
donde la muerte ológrafa conspira...
Matilde Urrutia, aquí te dejo
lo que tuve y no tuve,
lo que soy y lo que no soy.

Y sigues en la duda de estar sola
cuando Pablo navega en el silencio
y la espalda del miedo
nubla la luz del ventanal.

Crece un rumor de muerte
por los vientos postreros.

Con los ojos cerrados,
esa sombra parece,
a través de la fría columna de suero
y bajo la ruta
implacable de la fiebre,
una cuna sin bordes,
tal vez porque despierta tu recuerdo:
Mi amor es un niño que llora,
no quiere salir de tus brazos...

Ya no podrás
dormirte en esta noche
única en la que Pablo escribiría
los versos más tristes.

Nunca septiembre fue tan frío
ni la luz
cenital del desamparo
tan implacable y lívida.

Mientras te pudres en tu muerte a solas,
cerca del Cerro —azul— de San Cristóbal,
en la calle de Márquez de la Plata,
en La Chascona *de las horas felices,*
los relojes
de un tiempo en que los versos
fueron pájaros vivos,
yacen desorbitados en el suelo,
parados para siempre
en la hora más muerta de la Historia.

JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA

Apartado 50244
MADRID

EL CANTO GENERAL

Yo estoy aquí para contar la historia.

P. Neruda

A ti me dirijo,
soñador,
inventor,
fabricante
de imágenes redondas.
A ti, comovido usador del idioma.
Hombre que no aceptas porque sí
lo que otros aceptan.
¿Es eso todo?
¿Tu inconformidad basta al mundo, a los otros,
basta a tu propio corazón?

Yo sé,
delicado conversador,
que tu voz no ha sido hecha para este pequeño recinto.
Sé por qué dices ahora tu palabra en voz baja,
casi sin luz,
como el lucero a la hora del crepúsculo.
Una voz lenta, precisa,
tranquila y dulce como un murmullo.
Hoy está bien esa palabra
dicha sin prisa.
Pero hay otras veces en que una estruendosa mezcla de voces,
de ruidos,
abruptamente se levantan frente a tu canto,
insidiosamente lo contraponen
o torpemente lo sofocan.

Y estás aislado, lejos,
sin un ojo atento que espíe tu rostro verdadero,
sin un oído que quiera sorprender y distinguir tu
verdadera palabra.
¿A quién hablas entonces, si cada voz se pierde en el
aire,
cada congoja, cada sueño,
cada apretón de manos se pierden en el aire?

Sin embargo, es extraño, pero de algo
estoy absolutamente seguro.
Estoy seguro de que aun lejos, aislado,
casi escondido,
ya estás señalado. Cumplirás
un oficio terrible.
Con tu mirada más lejos aún
tu corazón estará siempre ardiendo.
Desde el fondo de la llanura, desde arriba de los
montes,
junto a los ríos, al lado del mar,
seguirás oyendo a los otros hombres,
mirándolos,
sintiéndolos.
Entonces brotará tu palabra adivinadora
y con justicia te exaltará.
Podrás aclarar las almas confusas,
las dolientes,
las que parecían perdidas.
Darles alegremente tu rebeldía.
Enseñarles palabras nuevas, que repetirán y seguirán
repitiendo
hombres bravos y duros.
y esas palabras así proclamadas
serán como la nueva respiración de la tierra.
Serán las palabras que nacen de un pasado venerable,
pero valientemente alzado contra sus mitos vacíos,
contra la piel reseca que no deja lugar para la
sangre.
Las que habrán de liberar a los sometidos indefensos
porque les arrancará de su sosegada tristeza
para llevarles,
al fin y para siempre, la buena nueva.

A ti me dirijo, mensajero,
alta voz del clamor unánime,
terco y piadoso, ya que tus ojos todo lo ven y todo
lo comprenden,
pero son asimismo inflexibles en la dura misión.
A ti me dirijo, como el náufrago,
como el olvidado de los dioses,
para que exijas desde donde estás, desde lejos,
con la palabra que has encontrado,
el fin de un mundo que grotescamente intenta disimular
su agonía.
Para que exijas el sepulcro de fórmulas carcomidas,
de normas aviesamente ensambladas
que ya se han desplomado sin estrépito.
Para que esa palabra tuya, única, resplandeciente,
limpie por fin las lepras del pensamiento
y extirpe para siempre a los asesinos de la belleza.

SIGFRIDO RADAELLI

Paraguay, 647
BUENOS AIRES

SALUDO

PERO NI ADIOS. Es que no pudo
remontar ciertos aires
el pequeño presente de homenaje *
que construí con citas
de los versos profundos que Neruda
nos regaló una tarde en aquella
tentativa del hombre hoy finito.

Pero unas fechas antes
de que se hiciera fin la rubia primavera
sucedió la catástrofe y el humo
sobre una inmensa geografía:
Chile, Chile, la cuna del poeta,
algo que ardió y destruyó montañas
para romper las cosas prohibidas.

Pero aún la Isla Negra siguió siendo
algo así como un mito para el hombre,
poco más que una herida. Sabemos que Neruda,
el Neruda patriota-hombre-verso
se supo sentir sólo cuando algunos
sollozantes disparos anunciaron
que, tal vez, se acababan los amigos.

Pero murió. Murió el hombre duradero
que había construido paraísos
en las páginas graves de los siglos.

---

* Homenaje a Neruda. Cía. Bilbao, 1973.

Y por eso ahora sé porqué no pudo
remontar mi homenaje ciertos aires
y llegar hasta el Chile de este mundo
y ofrecer
a Neruda
mi saludo.

MANUEL QUIROGA CLERIGO

General Sanjurjo, 18
MADRID

PABLO NERUDA

Alguna vez la geografía de América
fue profunda y hermosa;
y la creó tu verso:
sus montañas, sus ríos y sus valles
levantábanse al cielo, corrían, perfumaban...
Alguna vez sus hombres fueron fundadores
y en tu canto Bolívar, San Martín, Martí, O'Higgins
eran el resplandor del sol
y el vuelo de las águilas
hacia la liberación de América latina.
Alguna vez pasaban por los libros
los combates, las gestas tras de eternas banderas,
desde los indios padres a los gauchos
y los hombres más nuestros;
y los textos brillaban como lámparas,
como himnos se alzaban
y ese canto era tuyo,
era tu verbo recorriendo las vértebras de América.
Alguna vez reconocía el hombre a los de abajo,
a ese sudor sufriente y cotidiano
abonando la majestuosa tierra
desde el secreto México a las luces australes
que proclamaban soles futuros,
días radiantes para el pueblo.
Y esos hombres sumidos levantaban su grito
desde la misma entraña de tus versos,
como un violento empuje de caballos,
como un furioso vuelo de palomas,
como un tambor guerrero en la selva, en los llanos...
Alguna vez el hombre americano
fue más hombre en tu canto
y era tu poesía el esplendor de un mundo

cada día soñado, cada día creado entre las sombras,
entre el dolor, la furia y las banderas.
Y detrás de esos cantos, detrás de nuestra América
—como sombras fatídicas de buitres—
había hombres capciosos, rubios hombres
codiciosos de todas las riquezas
de estas líricas tierras.
Había hombres sentados a sus mesas espléndidas
levantando los pies sobre escritorios rutilantes,
hombres que saludaban sonriendo,
fumando poderosos cigarros
y que enfrentaban mapas, los florecidos mapas
que tú habías cantado, que había descubierto
tu Poesía para el hombre latinoamericano,
pero que eran allí sólo petróleo,
esenciales materias, minerales robustos.
Y ellos, voraces, fríos, calculaban, planeaban
el porvenir y las riquezas que habrían
de hechizarlos, de coronar sus vidas.
Pero esa buitrería, esos despojos áureos
estaban levantados sobre el hambre, el sudor
y la futura mugre de América latina,
sobre su inmenso pueblo desangrado.
No volaban las águilas, los poderoso pájaros,
las montañas no acercaban al cielo
sus lecciones no aromaban los valles,
no corrían las aguas... No era América nuestra
el poema que Neruda soñaba.
América latina era un festín de buitres
sobre su cuerpo roto, asesinado
por los magnates ebrios, empresarios
del petróleo, del cobre, de las materias sustanciales,
de la magna riqueza americana,
ajenos a la música del cielo liberado,
de los ríos, del viento, de los profundos hijos milenarios,
de su futuro sol, de nuestro canto.
Tanto dolor mataba tu alma grande.
¡Impotente tu alma, Pablo Neruda, hermano
mayor, vives en tu ira y tu esperanza!

FELIX GABRIEL FLORES

Noviembre de 1973.

PABLO NERUDA

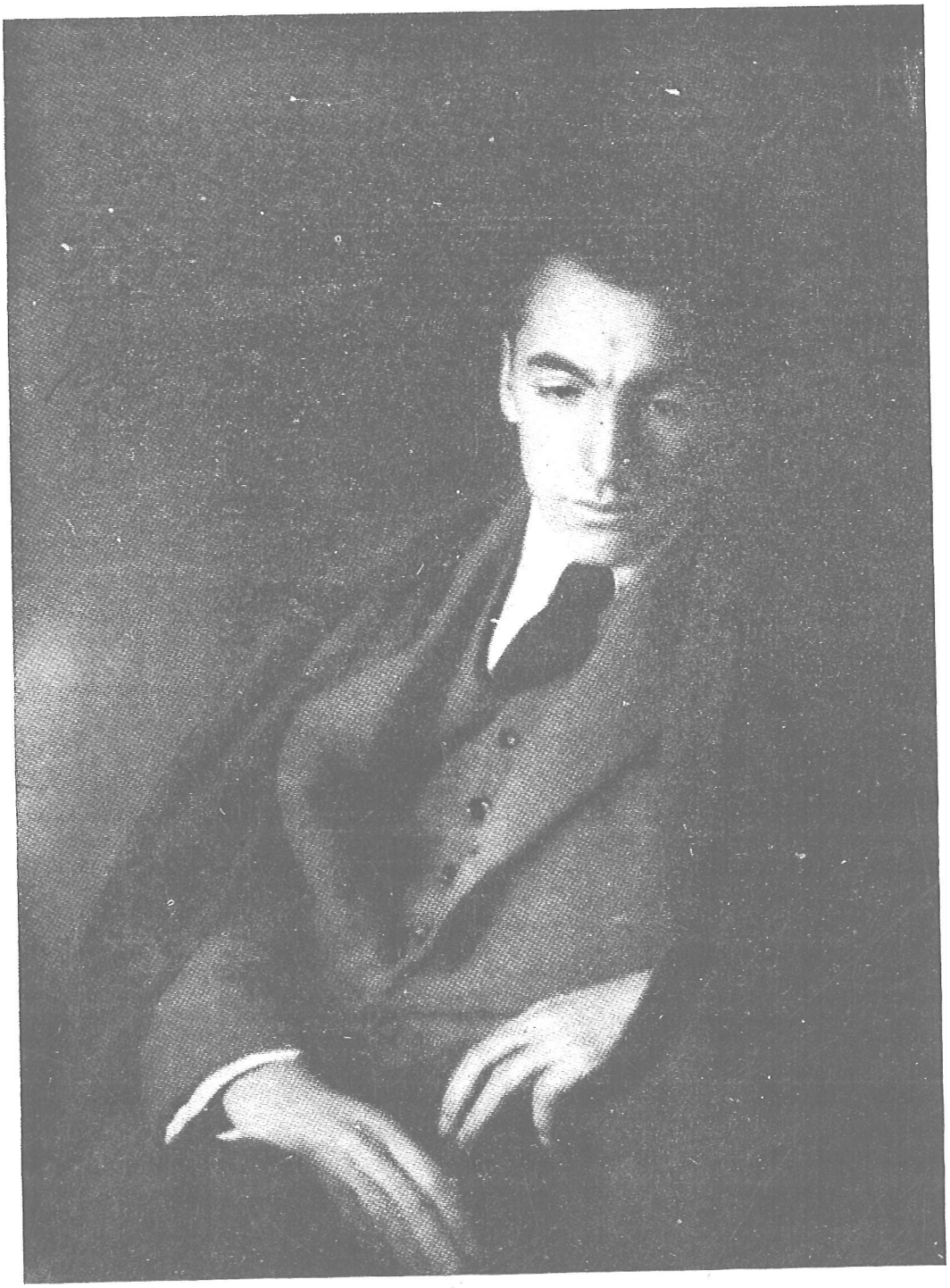
(Noviembre de 1971)

A ti, Pablo Neruda,
varón de la lira y el cantar.
A ti, valedor de la libertad humana
en cualquier lugar,
en tu país y en el mío,
en el largo continente del mundo,
en el mar y en el aire,
en la covachuela inhóspita,
en la urbe sin consuelo.
Yo te canto como hombre libre
cuando tu nombre
rodea el mundo.
Viene de Chile el canto agradecido,
de los Andes baja la queja del indio.
Todo lo viste un día,
el de tu nacimiento
a la razón compartida.
Cóndor del monte sagrado,
de toda la tierra americana.
Poeta de la humanidad entera,
de la lágrima que aflora
del seno de la vida,
de la mujer que llora,
del hombre que sufre,
de los pueblos oprimidos,
ciegos a la más elemental dignidad.
Yo bebí tus versos
en la pequeña copa
de estas islas mías.
Y sentí entonces, como ahora,
el temblor de mi carne
en tu pena.

Hasta mí llegó también
el hálito sereno de tu casa de Madrid,
la que sintió la guerra
que los hijos de España, unánimes,
sostuvieron.
Yo era un niño en todo,
y sólo recuerdo un rumor callejero,
quizá las voces del dolor
por los hermanos.
Aquí, como en tu patria chilena,
baja el viento de las montañas,
el mar juega en las orillas
y es posible el amor.
Cuando tu nombre conocido
lo estrujan la prensa y el teletipo,
cuando tu credo no importa,
yo lo guardo, Pablo, como
un tesoro escondido de libertad,
y sólo siento ¡mira qué cosa!
haber sido ausente allí,
en el viejo muelle de mi isla,
cuando estuviste la noche
de un día ya muerto,
entre sorbo y sorbo de café,
junto a los amigos que aquí tienes,
para poder abrazarte fuertemente.

JESUS HERNANDEZ ACOSTA

Tomás Calamita, 6
PUERTO DE LA CRUZ
(Santa Cruz de Tenerife)



Neruda en 1924

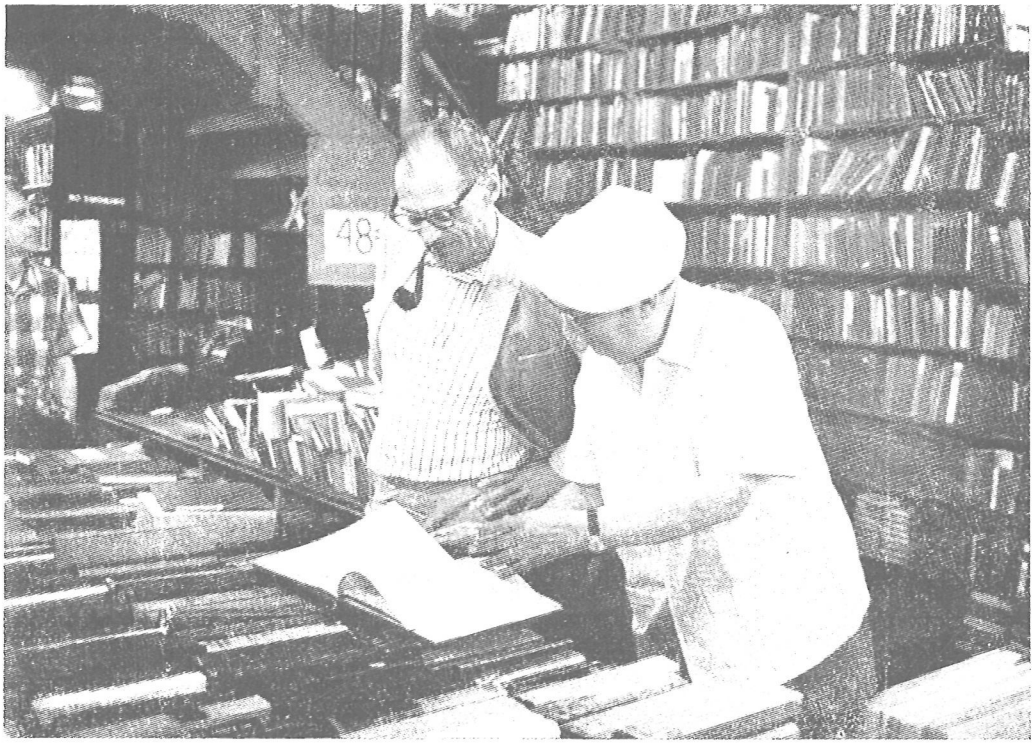
En 1936, en Madrid. Entre las personalidades que aparecen en esta fotografía, con Pablo Neruda se encuentran María Teresa León, Delia del Carril. Miguel Hernández, Alberti, García Lorca, Buñuel...

En 1948, en Chile

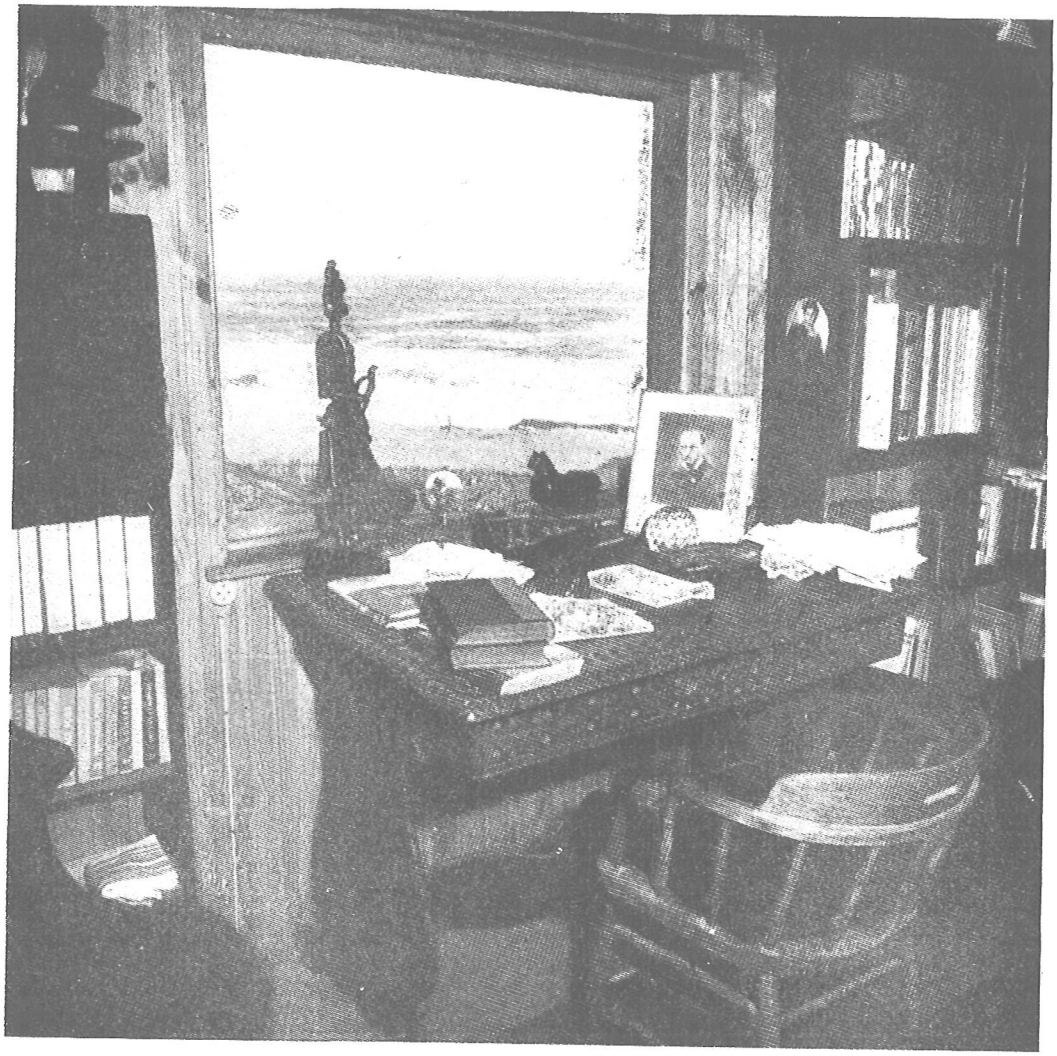
1950

Con Matilde Urrutia

Pablo y Matilde en La India, con el escritor chileno Miguel Serrano



Con Arthur Miller



Su Mesa de trabajo en Isla Negra

En Isla Negra

Con Katchaturiam

García Lorca y Neruda